

74/2019

5 de septiembre de 2019

*Javier Bordón**

Poder doméstico, proyección exterior y
Saddam Hussein. Lecciones contra
una ilusión de estabilidad

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Poder doméstico, proyección exterior y Saddam Hussein. Lecciones contra una ilusión de estabilidad

Resumen:

Irak es hogar de una riqueza etnorreligiosa y cultural que, si bien representa un patrimonio singular; su instrumentalización, en este específico contexto, puede incentivar la movilización de apoyos y aportar premisas legitimatorias para fomentar el conflicto. El potencial político de identidades locales, tribales o de clan, u otras más institucionalizadas, como la pertenencia al partido o al ejército, será clave para comprender el éxito del Irak bajo el partido Baaz y Saddam Hussein. En primer lugar, Irak representa un modelo histórico de cómo un Estado frágil e inestable, de base social heterogénea y fracturada, consolida su autoridad interna y desarrolla recursos y capacidades de liderazgo internacional bajo la dirección de un régimen orientado a concentrar los medios y estructuras de poder, en un proceso que se reafirma como efímero más allá de las personalidades cruciales para la reproducción del sistema. El segundo argumento se relaciona en gran medida con el anterior, en tanto que la política doméstica y regional iraquí interaccionan con la evolución de la estrategia geopolítica en el contexto de las superpotencias. Hoy, asistimos a un estado iraquí abrumado por un abanico de actores domésticos y exógenos, pero que busca el equilibrio que evite el colapso.

Palabras clave:

Irak, Saddam Hussein, 1968-1988, personalización de la política, estructura del miedo, Oriente Medio, Guerra Fría, lecciones presentes.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

*Domestic power, external projection and Saddam Hussein.
Lessons against a mirage of stability*

Abstract:

Iraq is home to an ethnoreligious and cultural diversity that represents a unique patrimony, yet its discursive and practical instrumentalisation, in the specific Iraqi context, can easily bolster mobilization and contribute with legitimizing premises on behalf of conflict. The mapping of local, tribal or clan identities, together with others more institutionalized such as belonging to a political party or the army, are key components to understand the relative –and ephemeral– Iraqi success under the Arab Socialist Ba’ath Party and Saddam Hussein. The relevance of the topic stems on Iraq being a historical model of how a fragile and unstable State, with such a heterogeneous and fractured social compost, consolidates its internal authority and develops resources and capabilities resorting to international leadership under a regime driven by the concentration of the structures and means of power, in a pervasive though effervescent process once the crucial figures for the reproduction of the system are gone. The second arguments relates to the former, as domestic and regional politics interact with the geopolitical strategy during the superpowers’ context. Today, we assist to an Iraqi state overwhelmed by an array of internal and exogenous actors, but that searches for a balance on the brink to collapse.

Keywords:

Iraq, Saddam Hussein, 1968-1988, personalization of politics, structure of fear, Middle East, Cold War, lessons for the present.

Cómo citar este documento:

BORDÓN, Javier. *Poder doméstico, proyección exterior y Saddam Hussein. Lecciones contra una ilusión de estabilidad*. Documento de Opinión IEEE 74/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

Cualquier actor con poder en Irak debe ser consciente de que desenvuelve su actividad en «una de las grandes encrucijadas geográfico-históricas del mundo con una situación geopolítica excepcional»¹. Ejerciendo un rol de nexo para tres masas continentales y dos regiones marítimas, la proyección del Estado iraquí en el escenario internacional plantea una extensa amalgama de retos y oportunidades, a lo que se agrega el influjo económico derivado de la posesión de hidrocarburos, el cual, como buenamente expuso Roger Owen², ha denotado un alto grado de ambivalencia entre ser un capital fundamental, en ocasiones, y convertirse en una «maldición», en otras.

Irak es hogar de una riqueza etnorreligiosa y cultural que, si bien representa un patrimonio singular, su instrumentalización en el discurso y la *praxis* de los actores puede incentivar la movilización de apoyos y aportar premisas legitimatorias para fomentar el conflicto. Durante los regímenes del partido político Baaz, según Ullrich³, la mayoría de los fieles al islam se calificaban de suníes, probablemente para evitar la animadversión y la discriminación desde el gobierno de trasfondo suní –aunque normativamente secularizador–, mientras que un 40 % se correspondería con la comunidad chií. De ser verídicos los datos, actualmente la relación se habría invertido, estimándose la población chií en Irak alrededor del 60 %⁴. Desde una perspectiva étnica, las delineaciones entre las comunidades árabe, kurda, iraní y turcomana son otro factor decisivo en la percepción de amenazas y en los equilibrios de poder regional e interno. El potencial político de identidades locales, tribales o de clan, u otras institucionalizadas, como la pertenencia al partido o al ejército, será clave para comprender el relativo –y efímero– éxito del Irak bajo el Partido Baaz Árabe Socialista (PABS) y Saddam Hussein. Por último, las estructuras y dinámicas de la Guerra Fría a escala global también son una variable explicativa de la evolución política de Irak.

¹ ULLRICH, J.M., “La expansión iraquí hacia el Golfo”, *Política Exterior*, 4 (17), p.130, 2008. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/i20643000>

² OWEN, E., “One Hundred Years of Middle Eastern Oil”, *Crown Center for Middle East Studies*, Brandeis University, 24, 2008. Disponible en: <https://www.brandeis.edu/crown/publications/meb/MEB24.pdf>

³ ULLRICH, J.M., “La expansión iraquí...” op.cit.

⁴ ESPINOSA, A., “La difusa división de las minorías en Irak”, *El País*, 2014. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2014/08/16/actualidad/1408220095_570100.html

La importancia del tema radica de una doble vertiente. En primer lugar, Irak representa un modelo histórico de cómo un Estado frágil e inestable, de base social heterogénea y fracturada, consolida su autoridad interna y desarrolla recursos y capacidades de liderazgo internacional bajo la dirección de un régimen orientado a concentrar los medios y estructuras de poder, así como el conjunto de la esfera pública y de la sociedad civil, hacia un totalitarismo monolítico, en un proceso que se reafirma como efímero más allá de las personalidades cruciales para la reproducción del sistema. Así, el presente documento aspira a ilustrar cómo se traza la íntima conexión entre política doméstica e internacional, siendo un rasgo visiblemente característico entre las formaciones estatales del golfo Pérsico, a partir del estudio de caso de Irak en el periodo comprendido entre finales de los setenta y el cierre de la década posterior.

La interacción entre las políticas doméstica y exterior de Irak nos lleva a señalar hacia el paradigma teórico del conflicto de distracción –*diversionary theory of conflict*–, el cual argumenta que «aquellos (líderes) enfrentados a modos de cambio de gobierno no electorales, necesitarán distraer a quienes pueden ayudarles a mantenerse en el poder o expeditar su destitución»⁵.

Culto a la personalidad y monopolio del poder: la estructura del miedo

En palabras de John Devlin⁶, Saddam Hussein es el causante de que el sistema político iraquí se transformara en una tiranía. Empero, cabe matizar que el deterioro del clima político-social en el país, casi ininterrumpido desde la proclamación de la República, fue depositando los cimientos para cada vez mayores niveles de concentración de poder y despotismo. Así lo argumenta Robert Putnam, quien identificó una relación proporcional entre sociedades civiles desarrolladas en capital social y la promoción de instituciones democráticas⁷. En esta tipología de aproximaciones teóricas, el totalitarismo en Irak engendraría una consecuencia lógica –pero no inevitable–, si bien, no se debe negar la responsabilidad de los agentes involucrados y los medios extendidos a tal fin de acaparamiento, el cual vislumbró su punto álgido en

⁵ POWELL, J., “Regime Vulnerability and the Diversionary Threat of Force”, *Journal of Conflict Resolution*, 58 (1), pp. 169-196, 2012. Disponible en:

<https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0022002712467938?journalCode=jcrb>

⁶ DEVLIN, J., “The Baath Party: Rise and Metamorphosis”, *The American Historical Review*, 96 (5), pp. 1396-1407, 1991.

⁷ HOWARD, T., “Failed States and the Origins of Violence.” Ashgate Publishing Limited, Vermont, 2014.

la combinación de la entrada masiva de ciudadanos en las estructuras del Estado, y la neutralización de la participación pública más allá de la obediencia y violencia gubernamentales.

A finales de los setenta, «el que se enfrenta» –significado etimológico del nombre de Saddam– había desplegado los recursos que respaldarían la toma del poder formal: amplias capacidades de cooptación financiera, coerción por diversos métodos y un entramado cuasi omnisciente de agencias de seguridad⁸. La monopolización comenzó por apartar al Partido Comunista de Irak (PCI), el mayor rival del Baaz, de la vida política. En los días previos a la quiebra definitiva del Frente Nacional, Zaki Khairi, miembro del PCI, denunciaba públicamente el arresto de 15 000 comunistas por el gobierno⁹. A través de operaciones clandestinas y acusaciones fabricadas, la organización nacional más cercana a Moscú es implacablemente suprimida del terreno político.

El próximo paso consistió en apartar a la competencia intrapartita, de manera que no se cuestionase la autoridad de Saddam. Así, en julio de 1979, se precipitó una sucesión de arrestos de personajes clave en la cúspide del PBAS, culminando en la dimisión forzada del presidente Hasan Al-Bakr. En el inicio del año, ya se habían manifestado notables diferencias entre los dos líderes de Tikrit: por ejemplo, se cree que Bakr apostaba por una mayor moderación hacia Irán tras la Revolución Islámica¹⁰. En cualquier caso, Saddam Hussein pasó a ostentar los máximos cargos del Estado y del partido. Se completó el tránsito desde un Estado de partido único a la instauración de un feudo personal¹¹.

La figura de «Saddam se convirtió en sinónimo del Estado de Irak»¹². El proceso de «baazificación» de las instituciones públicas, unido a su vertiginoso crecimiento a raíz de la irrupción de la clase gobernante en la sociedad civil, había abierto la potencialidad

⁸ ISMAEL, T, ISMAEL, J.S., y PERRY, G.E., “Government and Politics of the Contemporary Middle East: Continuity and Change”, Routledge, New York, 2016.

⁹ ZERAOUI, Z., “Iraq: ¿una nueva potencia regional?”. En MUSALEM, D. y ZERAOUI, Z., “Irán-Iraq: guerra, política y sociedad”, p.98, Editorial Nueva Imagen, México D.F.

¹⁰ GHAREEB, A., y DOUGHERTY, B., “Historical Dictionary of Iraq”, Scarecrow Press, Lanham, 2004.

¹¹ GAUSE, G., “The International Relations of the Persian Gulf”, Cambridge University Press, New York, 2010.

¹² NALEPKA, E., “Saddam is Iraq and Iraq is Saddam: Saddam Hussein’s Cult of Personality and the Perception of his Life and Legacy”, p.7, McGill University, 2014. Disponible en:

https://www.academia.edu/8222863/Saddam_is_Iraq_Iraq_is_Saddam_Saddam_Hussein_s_Cult_of_Personality_and_the_Perception_of_his_Life_and_Legacy

de instrumentalizar al partido «como fachada y canal propagandístico»¹³, presentándose el marco propicio para articular un envolvente culto a la personalidad. De hecho, el propio perfil psicológico de Saddam, quien a menudo aludía a Iósif Stalin como referente político, era tendente a tales actitudes de confundir la realidad con lo que él deseaba que fuera cierto¹⁴.

El producto central del nuevo sentido personalista del Estado fue la concepción de *Saddamiyya*, definida como una variante del nacionalismo iraquí del PBAS con fines panarabistas, en clave sustitutiva del pivote «nasserista» en la política regional. A su vez, en el ámbito doméstico, sin una verdadera oposición organizada y poseyendo vastos medios de difusión y adoctrinamiento, Saddam pudo construir un soporte de legitimidad basado en las asunciones paternalistas y carismáticas divulgadas por las autoridades, sumándose a las capacidades de coacción y patronazgo. De esta manera, «miles de retratos, posters, estatuas y murales fueron erigidos en su honor»¹⁵.

El culto a la personalidad era, no solo factible, sino exitoso, porque los beneficios clientelares derivados de la estatalización, si bien reducidos a aquellos permitidos o seleccionados por Saddam, venían solapados con un macrosistema de seguridad y vigilancia que desarrollaba legítimamente una gran variedad de políticas del miedo. En contraste con las pugnas mediáticas en 1968, el objetivo a partir de ahora sería generar una sensación de omnisciencia respecto al poder del Estado, lo que trasladó a la mayoría de las acciones coercitivas y antisubversivas al plano de la clandestinidad.

El miedo fabricado por el régimen implicaba directamente a la ciudadanía iraquí en términos de responsabilidad, pues a medida que crecían las organizaciones restrictivas, también lo hacían los individuos ligados al PBAS y al Estado. Por esta vía, en 1980, una quinta parte de la población económicamente activa en Irak estaba involucrada en una u otra forma de violencia institucional durante tiempos de paz¹⁶. Esta «simbiosis» penetrante en la esfera pública es probablemente a lo que se refería Saddam Hussein en el discurso por el 13º aniversario del golpe de Estado de 1968,

¹³ DEVLIN, J., "The Baath Party..." op.cit. p.12.

¹⁴ WOODS, K.M., MURRAY, W. y HOLADAY, T. "Saddam's War: an Iraqi Military Perspective of the Iran-Iraq War", p. 17. Institute for National Strategic Studies of the National Defense University, Washington D.C., 2009.

¹⁵ NALEPKA, E. "Saddam is Iraq..." op.cit. p.6.

¹⁶ MAKIYA, K., "Republic of Fear: The Politics of Modern Iraq", p.38. University of California Press, Berkeley, 1998.

cuando leía que «cada vez más [el pueblo] se ha dado cuenta de que el pueblo y la Revolución son un mismo cuerpo»¹⁷.

El resultado fue una sociedad que, por un lado, estaría dominada por un componente de victimario, en tanto que se suponía dispuesta a ejercer un control estable sobre sí misma, y a recurrir cuando fuera necesario a la emergente quasi institución del *taquir* (informe). Y por otro, por un elemento de víctima, llegando el colectivo civil a asimilar positivamente la expectativa de ser torturado bajo determinadas circunstancias¹⁸. Estos constituirían los extremos de un proceso retroalimentado cuyo propósito era incentivar el miedo en el cuerpo político y social.

Puesto que el nuevo diseño institucional pretendía asegurar que nadie fuera lo suficientemente fuerte para amenazar al presidente¹⁹, lo mismo hubo que hacer con las fuerzas armadas, el grupo históricamente determinante del poder en Irak. Tras llevar a cabo una serie de purgas y someter al ejército a una intensa despolitización, Saddam pudo proceder a instaurar la hegemonía del partido y de su persona sobre aquel. Asimismo, y aprovechando la riqueza petrolera, el total de efectivos pasó de 180 000 en 1980 a 900 000 en 1990²⁰, lo que no engendraba una potencial amenaza, pues el ejército ya había sido ideologizado en la doctrina de Saddam, y el código disciplinario de «muerte por fracaso»²¹ era extremadamente eficaz.

Además, Hussein creó una milicia popular extensa y fuertemente ideologizada, que podría actuar como elemento mitigador de posibles ambiciones golpistas, o incluso como fuerza de choque si una acción subversiva del brazo militar llegase a tener lugar. En 1984, sus números rondaban los 450 000 miembros²². En cualquier caso, Saddam Hussein persistía en su recelo a la participación del ejército en la vida política y su rol tradicional de represión interna, especialmente en lo referente a la causa kurda. Acorde

¹⁷ HUSSEIN, S. "President Saddam Hussein's Speech on National Day, 1981: The Thirteenth anniversary of the 17-30 July 1968 Revolution," p, 8. Dar Al-Ma'mun for Translation and Publishing, Bagdad, 1981.

¹⁸ MAKIYA, K., "The Republic..." op.cit.p.67.

¹⁹ AL-MARASHI, I., "Iraq's Security and Intelligence Network: A Guide and Analysis.", Middle East Review of International Affairs, 6 (3), pp.1-13, 2002. Disponible en: https://www.academia.edu/560309/Iraqs_Security_and_Intelligence_Network_A_Guide_and_Analysis?auto=download

²⁰ FEDERATION OF AMERICAN SOCIETIES (FAS), "Iraqi Army", 1998. Disponible en: <https://fas.org/nuke/guide/iraq/agency/army.htm>

²¹ BRODER, J.M. y JEHL, D., "Iraqi Army: World's 5th Largest but Full of Vital Weaknesses", Los Angeles Times, p.1, 1990. Disponible en: http://articles.latimes.com/1990-08-13/news/mn-465_1_iraqi-army/3

²² MAKIYA, K., "Republic of Fear:...", op.cit. p. 32.

con José María Ullrich²³, ello brinda una parte explicativa importante de por qué, desde la toma de poder de Saddam, se insistió en involucrar en acciones exteriores a las Fuerzas Armadas iraquíes, lo que convergió con un marco regional favorecedor para la ambición hegemónica.

Irak y la aspiración de hegemonía geopolítica

Una serie de realidades domésticas e internacionales confluyeron en el tiempo con las pretensiones de Irak respecto al mundo árabe y la región del Golfo, haciendo efectiva la oportunidad de propiciar un giro sustancial a la estrategia de política exterior del Estado: el nuevo presidente de la República había destruido a sus más directos adversarios en el país²⁴; los ingresos percibidos por la industria nacional de hidrocarburos se traducían en una economía pujante; las capacidades del cuerpo militar, sumadas a su subordinación al régimen, nunca habían sido tan amplias y efectivas; las relaciones internacionales de Irak se encontraban en su punto más óptimo y diversificado; la drástica salida de Egipto de la vanguardia de los Estados y sociedades árabes; y la oportunidad de suplir el vacío geopolítico creado por el colapso del régimen del Sha²⁵. La revolución en Irán sería el suceso internacional decisivo para la entrada en la pugna por la hegemonía regional.

El monopolio doméstico de Saddam Hussein venía orquestándose desde hacía una década, y se asentó con su toma de la presidencia. Habiendo neutralizado las luchas internas que ponían en riesgo su permanencia, «el que se enfrenta» pudo centrarse en adquirir el estatus de mayor figura del mundo árabe internacional²⁶. En efecto, el poderío militar de Irak había alcanzado unos números brutos, un avituallamiento tecnológico y una cohesión corporativa bajo un mando único sin precedentes.

El Estado podía levantar en armas a un total de 1,7 millones de efectivos en 1987, repartidos en siete cuerpos de ejército, cinco divisiones blindadas y tres divisiones mecanizadas²⁷. Sin embargo, la combinación de la rigidez jerárquica, la obediencia política, tanto para ser promocionado como para la propia conservación de la vida; y el

²³ ULLRICH, J.M., "La expansión iraquí...", op.cit.

²⁴ TRIPP, C., "Historia de Iraq", p.297, Cambridge University Press, Madrid, 2003.

²⁵ ISMAEL, T., ISMAEL, J.S. y PERRY, G.E., "Government and Politics..." op.cit. p.242.

²⁶ ZERAOUI, Z., "Iraq: ¿nueva potencia...", op.cit. p.100.

²⁷ FAS, "Iraqi Army..." op.cit.

acaparamiento de las decisiones unido a la inexperiencia militar de Saddam Hussein, impedía cualquier avance significativo en el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. Por ello, no era de extrañar que, en la práctica, Irak se comportase como «el abusón del vecindario que es más lento que los demás, pero demasiado grande como para sufrir daño por sus golpes»²⁸.

La muerte del presidente Nasser y la firma de los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel habían supuesto un golpe crítico a la acción panarabista. No obstante, la ruptura del liderazgo egipcio dejaba un vacío estratégico que Irak estaba dispuesto a reemplazar, considerando que Arabia Saudí carecía de las capacidades y la determinación para una ambición hegemónica por entonces. Saddam dirigió la expulsión de Egipto de la Liga Árabe y Bagdad pudo erigirse como continuador de la obra unificadora «nasserista»²⁹, pero en sus propios términos.

Por último, la Revolución abrió la ventana de oportunidad para demostrar que el equilibrio regional se encontraba entonces a su favor. En primer lugar, el caos transformador había dado lugar a un «régimen imprevisible y agresivo, pero también parecía débil»³⁰. El agotamiento y desorganización del vecino parecían el prelude de una victoria fácil para Irak, lo que, en el análisis geopolítico de Saddam, encerraba el efecto simbólico de alzarse como la vanguardia protectora de los intereses del arabismo frente al tradicional enemigo persa. La nueva clase dirigente de Irán había manifestado abiertamente su objetivo de exportar la revolución, engendrando una nueva amenaza para el orden regional. En el caso de Irak, ello implicaba un motor para la efervescencia social representada por la población chií, a la par que una fuente de legitimidad para reproducir un Estado policial y beligerante. Y es que Saddam Hussein tenía incrustado en su mentalidad política que «su régimen se encontraba amenazado y que, en todo caso, se ponía un freno a las aspiraciones de Bagdad de liderar el mundo árabe y de controlar los recursos energéticos del Golfo»³¹. La invención de enemigos era fundamental para justificar el miedo perseverante en el cuerpo político.

²⁸ BRODER, J.M. y JEHL, D., "Iraqi Army: World's 5th..." op.cit. p.3.

²⁹ ZERAOUI, Z., "Iraq: ¿una nueva..." op.cit. p.97.

³⁰ TRIPP, C., "Historia de Iraq..." op.cit. p. 297.

³¹ ULLRICH, J.M., "La expansión iraquí..." op.cit. p.9.

En el contexto de las superpotencias, la singularidad iraní llevaba a una abrupta remodelación del mapa geopolítico, pues todo apuntaba a que el discurso oficial era peligroso por el posible efecto contaminante y desestabilizador³². A los ojos de EE. UU., la llamada «política de los pilares gemelos» se había tornado inválida, y necesitaba de una estrategia alternativa. Dado que Irak no se consideraba un aliado factible, y Arabia Saudí carecía de un comportamiento asertivo, la llamada «doctrina Carter» se impuso en la política exterior estadounidense. A grandes rasgos, dicha construcción geopolítica exigía un rol militar más directo en el Golfo³³, lo que derivó en la búsqueda de bases regionales para articular un paraguas securitario, junto con un compendio de tropas desplegadas en caso de verse comprometidos los intereses norteamericanos en la región.

La guerra de Irak-Irán

La guerra entre Irak e Irán constituye un ejemplo ilustrativo de cómo la tergiversación y el fervor político pueden instigar una campaña militar incoherente, respecto a las capacidades propias y del enemigo, y carente de objetivos operacionales definidos. En la visión geopolítica del caudillo iraquí, una victoria rápida y contundente sobre Irán sería la clave legitimatoria de su liderazgo en la región árabe, frenaría la influencia revolucionaria entre su base ciudadana y permitiría la derogación del Tratado de Argel por un estatus más favorecedor en el *Shatt Al-Arab*.

Sin embargo, el problema elemental radicaba en que la politización del ejército desalentaba a los estrategas militares a la hora de formular evaluaciones honestas sobre la situación³⁴. De hecho, los propios análisis de Saddam hacían proyecciones sesgadas y erróneas. Hasta que, tras la inesperada derrota en la península de Al-Faw, quedó en evidencia el perjuicio del exceso de centralización en el mando y control, Saddam Hussein prefería actuar «como su propio jefe de inteligencia»³⁵. Respecto a la eficiencia de las tropas, dado su grado de ideologización, se tendía a anteponer

³² FUNDACIÓ SOLIDARITAT, “Análisis de Iraq: Aproximación histórica del conflicto”. Disponible en: <http://www.solidaritat.ub.edu/observatori/esp/Irak/analisis/historia.htm>

³³ GAUSE, G., “The International...” op.cit. p.57.

³⁴ WOODS, K.M., MURRAY, W. y HOLADAY, T., “Saddam’s War...” op.cit. pp.6.

³⁵ MANOSEVITZ, J.U., “Review: The Iran-Iraq War, a Military and Strategic History”, 2015. Disponible en: <https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/vol-59-no-2/iran-iraq-war-military-strategic-history.html>

criterios relacionados con la moral y el ánimo en detrimento de valores como la coordinación y el rigor organizativo.

Otro error fundamental fue asumir que la sociedad persa se encontraba tan fracturada y caótica como en su imagen exterior. Según Almeyra³⁶, la cultura política iraní hace que todo ataque foráneo subordine la lucha de clases en el país al nacionalismo religioso. Y no solo eso, sino que el motivo de la guerra materializó una oportunidad ideal para aunar el apoyo popular y solidificar el nuevo *establishment*: aprovechando el fervor bélico, la oposición interna pasaría a ser sistemáticamente calificada de «enemigos del islam, pero también de traidores a la nación»³⁷. La necesidad política de perpetuar una postura de seguridad explica, en cierta medida, la extensa duración del conflicto y las varias negativas de Irán a las peticiones de alto el fuego por Saddam, sumado a un novedoso fanatismo religioso.

De esta forma, lo que se previó como un éxito sencillo mediante una táctica de *blitzkrieg*, acabó convirtiéndose en una guerra de desgaste. A partir de 1982, a medida que Irán empujaba el frente hacia el interior del territorio iraquí, y Hussein se vio obligado a promover una movilización de las masas nacionales³⁸, el factor de las alianzas internacionales entró en juego, finalmente permitiendo una victoria pírrica. La Revolución Islámica representaba una ruptura con las implicaciones geopolíticas de la Guerra Fría, por lo que había consenso en que, «tanto en la región como fuera, una victoria militar iraní desestabilizaría radicalmente todo Oriente Próximo de un modo que no produciría ventajas ni al Este ni al Oeste»³⁹.

Consecuentemente, la reacción dominante —a excepción de Siria y Omán— fue el alineamiento con Irak: Arabia Saudí, EAU y la mayoría de las dinastías del Golfo habían cedido a un relativo liderazgo iraquí desde el inicio del conflicto, siendo receptor de importante ayuda económica y logística en su condición de «protector del arabismo»⁴⁰.

³⁶ ALMEYRA, G., "Las bases de la guerra". En MUSALEM, D. y ZERAOUI, Z. (eds.) "Irán-Iraq: guerra, política y sociedad", pp. 23-36, 1982. Editorial Nueva imagen, México D.F.

³⁷ GAUSE, G., "The International..." op.cit. p.66.

³⁸ WOODS, K.M....op.cit. p.10

³⁹ TRIPP, C....op.cit. p.306.

⁴⁰ ZERAOUI, Z.,...op.cit. p.101.

Entre 1982 y la primera mitad de 1987, el régimen islámico dirigió mayoritariamente el curso de la guerra, pero el único triunfo relevante fue en la península de Al-Faw. Ya desde 1984, Irak había llegado a desplegar hasta 1 000 tanques y otras 1 000 piezas de artillería⁴¹, pero su poderío tecnológico seguía sin imponerse.

El punto de inflexión ocurrió a raíz de la combinación de varios elementos. Por primera vez, Estados Unidos adopta un rol directo en el conflicto e interviene para asegurar el flujo de hidrocarburos en el Golfo. Asimismo, las fuerzas iraquíes consiguieron someter a Teherán a un bombardeo cuasi constante, a través de misiles de medio alcance. Por otro lado, desde 1987, Irak contaba con «una ventaja de más de cuatro tanques a uno; cuatro a uno en vehículos blindados; y dos a uno en piezas de artillería y misiles antiaéreos»⁴². Y en última instancia, la potencia de fuego, el uso del gas y la planificación superior⁴³ permitieron la recuperación del territorio de Al-Faw en 1988. La eficacia táctica y operacional, que novedosamente acompañó a las ya existentes capacidades del ejército, solo fue posible desde el momento en que Saddam aflojó la centralización de las decisiones y reformó a la Guardia Revolucionaria en beneficio del profesionalismo. En julio, Irán acepta eventualmente la firma de un armisticio y la vigencia de la Resolución 598 de Naciones Unidas.

Respecto a las consecuencias de la guerra, el cese del fuego no se tradujo en ningún tipo de recompensa destacable, más allá de los aproximadamente 1 700 000 millones de muertos entre ambas partes⁴⁴. Si bien, Gregory Gause⁴⁵ identificaría dos cambios en contraste con el *statu quo* anterior a la guerra: 1) Irak poseía un arsenal armamentístico enorme y una deuda económica desorbitada; y 2) EE. UU. se involucra militarmente en la región en un grado sin precedentes.

⁴¹ BRODER, J.M. y JEHL, D....op.cit. p.3.

⁴² FAS...op.cit.

⁴³ WOODS, K.M.,...op.cit. p.16.

⁴⁴ ÁLVAREZ-OSSORIO, I....op.cit.

⁴⁵ GAUSE, G.,...op.cit.

Conclusiones. Lecciones para el presente

El proceso de totalitarización de Saddam Hussein, en lugar de articular un régimen sostenido por un conjunto de pilares rupturistas con las administraciones anteriores, materializó la consolidación de la estructura de poder dominante desde el periodo de la monarquía hachemita, con el notable matiz de vertebrar una mayor estabilidad política basada en la centralización de la legitimidad, la obediencia y el patronazgo sobre una figura única y máxima de autoridad.

El factor de riesgo de intromisión de los elementos militares en la vida política era una realidad desde el proyecto de descolonización. Hasta la llegada de Saddam a la presidencia, los altos cargos de la República venían estando acaparados por oficiales del ejército, y los cambios de gobierno habían estado sistemáticamente propiciados desde el estamento militar. En esencia, la clave del ejército para el acceso al poder no varió en 1968, sino que lo que se transformó fue el propio ejército, pues no se rompió la conexión del régimen político con sus redes sociales históricas, fundamentalmente compuestas por familias, clanes y tribus originarias del noreste árabe suní de Irak. Paralelamente, el involucramiento constante en acciones armadas domésticas y en el exterior, el adoctrinamiento ideológico, el despliegue de una red de complicidades y lealtades; y la vigilancia de la policía secreta y los servicios de inteligencia fueron los instrumentos elegidos para garantizar su subordinación. El monopolio de Saddam Hussein se completó a partir de la estatificación de los espacios públicos y de la sociedad civil, siendo igualmente el Estado y sus ramificaciones sometidos a un proceso de baazificación; dentro del partido, el conflicto se resolvería mediante la tribalización de las posiciones estratégicas, precediendo a la totalitarización del poder en la figura de Saddam. La incrustación del miedo en el entramado político-social y la hegemonía sobre las fuerzas armadas eran elementos que aseguraban la continuidad y proliferación del régimen personalista.

Como bien sabemos, y sin desestimar el efecto desencadenante de la campaña estadounidense, tal modelo de gobernanza tenía fecha de caducidad y acabó por descuidar, de manera fatídica, el nexo «contractual» que ancla a la sociedad como base constitutiva del estado, e incluso neutralizó al Estado en sí mismo. En la coyuntura iraquí, no era difícil que los procesos político-sociales se trasladasen a otras instituciones. Hoy, asistimos a un gobierno central exánime, unas Fuerzas Armadas enclenques, en parte dependientes, y en parte sometidas a las presiones emanadas de los grupos armados, cuya cabeza más visible continúa siendo el paraguas de las Unidades de Movilización Popular (*Hashd Al-Sha'abi*); y una economía nacional que suplica por la reconstrucción. Y en muchos sentidos, este último término —reconstrucción— es la dinámica perseguida e ilusionante, incluyendo en la administración. La oficina del primer ministro, Abdel-Mahdi, persevera en mostrarse suficientemente independiente, en ser un lugar de encuentro entre EE. UU. e Irán, y los más idealistas, dirían que convertirse en un puente. Después de casi 30 años, las relaciones con Arabia Saudí, si bien con pesadez e intermitencias —por ejemplo, a finales de junio, la inteligencia militar norteamericana sugiere que el ataque con drones del 14 de mayo que dañó el Oleoducto Este-Oeste del Reino del Desierto no se lanzó desde Yemen, sino desde territorio iraquí—, son acogidas como un potencial balanceador de la influencia iraní y de las pérdidas derivadas de adherirse a las sanciones contra la República Islámica. Se antoja casi imposible que el Estado iraquí recupere el «agarre» doméstico y la expectativa de una proyección exterior asertiva en el horizonte observable. Hay demasiados agentes internos y externos que evitan sus vías. Devolver el peso institucional a su seno en una región donde la «persona» importa, es, indudablemente, un ejercicio de cuerda tensa.

*Javier Bordón**

Máster en Geopolítica y Estudios Estratégicos de la UC3M
Ayudante de Investigación en prácticas en el
Centro Rey Faisal de Investigación y Estudios Islámicos